



IH-LEM Y EL COLLAR

Nochevieja de 2015. Playa de Moorea.

Una pareja de enamorados se abraza bajo una manta, iluminados por las llamas de la hoguera que arde a sus pies. Contemplan las estrellas prodigándose caricias y mimos.

—Mira hacia Cielo, observa cómo acontece la Caída del dios Sol. No me digas nada, sé que estás impresionado, que se te ha encogido el corazón ante la magnificencia del universo. Nunca encontrarás unas vistas mejores que estas, las que te ofrece isla Moorea.

»Los nativos llamamos huéspedes a los visitantes temporales. Es nuestra obligación acogerlos y mostrarlos todo lo que la isla puede ofrecerlos. Uno de esos aspectos es la historia y la mitología de Moorea.

»No entendéis el peligro que corremos cada día todos los humanos, pues Cielo se rompe de dolor por la pérdida del ser amado, encogiéndose sobre sí mismo y dejando que por sus mejillas celestiales se derramen estrellas. Si no fuera por nosotros, los habitantes de Moorea, Cielo no creería que Sol vuelve todas las mañanas, no sabría que hay esperanza. Nosotros calmamos su ansiedad, retrasamos su duelo entreteniéndole con la historia de Ih-lem y el collar. Esta parte de la vida de Ih-lem dura unas horas, el tiempo suficiente para que se complete el Resurgir.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Cada noche un aldeano se mantiene despierto, encadenando palabras con la cara vuelta hacia las estrellas, contándole a Cielo lo que necesita escuchar.

—Entonces yo también debería saber la historia de Ih-lem, ¿no?

—Quiero creer en ti, creer que deseas quedarte de verdad, creer que quieres conocer la historia para poder susurrarla juntos hasta el fin de nuestros días. Anhele tus besos, tus caricias y todo lo que me haces sentir, pero...

—No pasa nada. Lo sé, un huésped te hizo daño, así que lo único que puedo hacer es amarte hasta que te des cuenta de que no voy a marcharme jamás. Y ahora, por favor, ¿podrías hablarme de ese tal Ih-lem? Me muero de la curiosidad.

—Tu curiosidad puede suspirar con alivio: hoy me toca a mí suplicarle a Cielo que no sucumba al dolor, así que puedes hacerte eco de las andanzas de Ih-lem.

—¿Y no tendrá envidia Cielo de nuestras manos entrelazadas, de nuestros besos robados, de nuestras respiraciones alteradas?

—Si nos quisiéramos como Cielo quiere a Sol más nos valdría morir en este mismo instante; sin embargo, Cielo nos contempla con indulgencia y egocentrismo, pensando que su amor es el verdadero, el irrepetible.



IH-LEM Y EL COLLAR

»La historia de Ih-lem y su amada Eleanor es la única que puede hacer sombra al amor que comparten Cielo y Sol.

»Cuando Ih-lem abrió los ojos por primera vez tuvo que parpadear repetidamente para acostumbrarse con rapidez a la salinidad del mar. Por suerte, todas las generaciones precedentes a la suya se habían adaptado para que Ih-lem no tuviera problemas de cara a sobrevivir los primeros años de su existencia. Sus manos y pies crecieron firmes y palmeados, otorgándole la capacidad de atravesar las corrientes marinas con facilidad, de sus costados abiertos se asomaron agallas que facilitaban la absorción de oxígeno y la piel que recubre a los humanos en su cuerpo no existía: su anatomía se protegía con escamas duras y grisáceas.

—¿Ih-lem no era humano?

—¿Me puedes decir en qué se caracteriza ser humano? ¿El raciocinio? ¿La capacidad de discernir el bien y el mal, actuando en consecuencia? No, Ih-lem era mucho más humano que las criaturas que dicen serlo, con las que he tenido la desgracia de encontrarme.

»En una de sus inspecciones, cuando todavía no se había ganado el derecho a ser un adulto, un llanto quedo y la mezcla de unas lágrimas infantiles con el mar le llevó a sacar la cabeza, alzando la voz para preguntar qué ocurría.



IH-LEM Y EL COLLAR

—Esto se pone interesante.

—¿Quieres oír la historia o no?

—¡Claro!

—Entonces no interrumpas, Cielo no lo hace.

»La niña, lejos de asustarse por su aspecto, contestó escuetamente a la pregunta que le hacía sin reaccionar de ninguna manera especial. Ih-lem halló la respuesta a su segunda pregunta sin llegar a formularla en alto: la joven no acuática era ciega. El palmípedo muchacho se apoyó en un túmulo de corales, trazando círculos en el fondo de arena con los dedos de sus pies, intentando que la joven creyera que le hablaba desde tierra.

»La niña, Eleanor, le contó sus pesares: su madre había muerto, habían desterrado a lo que quedaba de su familia a isla Moorea desde Inglaterra, su padre apenas se comunicaba con nadie y sus hermanos la evitaban por ser incapaz de seguir sus juegos.

»Ih-lem la consoló y le ofreció su compañía. Lo que al principio solo servía como entretenimiento de uno y desahogo de otro, poco a poco fue asentándose hasta evolucionar a una amistad única. Los familiares de ella se contagiaban de su felicidad y pasaban su luto de mejor humor, pensando que el muchacho del que tanto hablaba Eleanor era uno de los hospitalarios lugareños que les habían recibido con los brazos abiertos.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Pasaron los años. La amistad se tornó en amor, el cuerpo de Eleanor cambió al de una mujer e Ih-lem pasó el laberinto de roca. La prueba otorgaba el estatus de adulto en su clan si se atravesaba con éxito, aunque para completarlo los jóvenes debían enfrentarse a todo tipo de bestias marinas. El muchacho padeció cortes y heridas, perdió lo que en nuestras manos sería un meñique y no salió a la superficie por días. Eleanor, sin embargo, no abandonó la esperanza de volver a encontrarse con su amado y aguardó día tras día su regreso a la orilla de la playa con una sonrisa iluminando su rostro, bronceado ya por las horas de sol que pasaba hablando con el joven.

»Durante su convalecencia y entre delirios, Ih-lem confesó su amor por Eleanor al curandero de su tribu subacuática. Este extendió la noticia por todo el poblado, escuchando opiniones repartidas en tres sectores: los más escépticos tachaban de inepto a Ih-lem y clamaban por su expulsión de la tribu; los neutrales no deseaban mal ninguno, pero se preocupaban por una posible exposición a los seres del exterior y los enamorados, que entendían perfectamente la situación, deseaban ayudar al joven siempre que estuviera en sus palmeadas manos.

—Caray...



IH-LEM Y EL COLLAR

—El dirigente de la tribu, Ayil, no sabía qué posición tomar en un principio, pues compartía el sentir de los tres segmentos de la población que gobernaba con mano firme. ¿Qué sería del muchacho, de su amada, de su pueblo? Su raza no estaba preparada para vivir en el exterior y la muchacha no podría sobrevivir bajo el agua, pero...

—Vaya, supongo que guardas silencio porque esperas que te pregunte. Por favor, no te detengas, ¿qué hay detrás de ese pero?

—Quizás si me dieras un beso pagarías el peaje de la segunda parte de la historia, la que se desenvuelve entre aventuras y peligros.

—Te daré dos: uno para que me lo cuentes y otro para que me sonrías y no me dejes marchar, aunque eso signifique estar varios minutos sin escuchar tu voz.

—Nos hemos besado y te sonrío como Cielo a Sol cada vez que se reencuentran, ¿satisfecho?

»Cuando Ih-lem se recuperó fue recibido en la corte. Deseó que su corazón no se acelerara al traspasar las cortinas de algas que separaban el exterior de la recepción principal, pero su cuerpo le traicionó; sin embargo, el recuerdo de Eleanor le infundió la fuerza necesaria para afrontar la situación.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Su miedo era injustificado. El sabio dirigente de su comunidad le dijo que no reclamaba su presencia para comunicarle un castigo, sino para darle una oportunidad a sus sentimientos: “La magia del mar es infinita cada vez que la luna preñada lanza su luz y esta roza la barrera de coral que rodea la isla”. Con ese poder, Ih-lem podría ver cumplido su sueño de compartir una existencia con su amada.

»La felicidad hinchó el pecho del muchacho, que hizo un gesto de entusiasmo alzando los brazos, contagiando al resto de habitantes marinos. Comenzó una gran fiesta en la que todos celebraron que el amor tenía la oportunidad de triunfar. El rey Ayil se acercó al joven para explicarle exactamente en qué consistía la magia mencionada.

—Seguro que era algo muy complicado...

—¡Era tan fácil como ponerse un collar! Aprovechando las noches de luna llena, cualquiera de los dos podría cambiar su aspecto para ser completamente iguales. El efecto duraría tanto como se llevara puesto el adorno.

—Pero tiene que haber algún truco, nada en la vida es tan fácil.

—Había uno, o más bien cinco: hallar todos los abalorios que componían el collar, a saber, dos pares de piedras y una gran perla como centro ornamental.



IH-LEM Y EL COLLAR

»El primer par tenía que ser de obsidianas redondeadas y perfectamente alisadas por efecto del mar y la arena, simbolizando cómo la pareja tendría que pulir sus problemas y diferencias gracias a la paciencia, el paso del tiempo y la convivencia. Ih-lem visualizó zonas en las que podría encontrar semejantes elementos y decidió que, ya que Eleanor se guiaba por el tacto, ella podría descartar mejor que él todas las piedras que no fueran completamente lisas.

»El segundo par debía ser terrestre y especial para una de las dos personas. Dos piedras idénticas y de un color claro para recordar que no todo son cargas: que un amor sincero reporta alegrías, grandes momentos, que ilumina el camino de una vida plena.

»El último elemento era una perla proporcionada por la Grande.

—¿La Grande?

—Has oído bien, sí.

—A saber quién será... Además, seguro que fue más difícil de lo que parece a simple vista.

—Por supuesto que lo fue, aunque para Ih-lem fue todavía más complicado reunir el valor para ir a ver a Eleanor y contarle que eran diferentes, pero que podían estar juntos.



IH-LEM Y EL COLLAR

»La muchacha estaba a punto de irse de la playa el decimocuarto día de espera cuando Ih-lem emergió del agua. Ella se levantó al oír su voz, guardándose las sandalias en uno de los bolsillos de la falda, trastabillando entre rocas y corales, pero con una decisión tomada: iba a abrazar a su amado por primera vez, iba a preguntarle cuán cerca había estado de la muerte e iba a pedirle que fuera a hablar con su padre para que este diera su beneplácito y pudieran estar juntos, tal y como era costumbre en el siglo diecinueve.

»Ih-lem la guio a través de un camino de rocas, incapaz de asomar su cuerpo más allá de sus hombros. Ella se sentó empapando el vuelo de su falda, refrescándose los pies desnudos. El muchacho se alejó unos centímetros para esquivar su contacto, le pidió que escuchara en silencio y le contó todo: sus orígenes, sus particularidades, la decisión de su dirigente y la oportunidad que tenían. Eleanor no dijo nada, solo escuchó en silencio antes de levantarse y regresar a su casa para intentar pensar en todo lo que le había dicho. Resbaló a medio camino, precipitándose al agua. Ih-lem la sacó a la superficie, acercándola a las rocas y revisando su estado, un tanto alterado por su silencio.



IH-LEM Y EL COLLAR

»A través de las agallas percibió sangre en el agua y buscó su origen: subió a Eleanor a las rocas, inspeccionó su macuto, palpó la pierna izquierda de su amada hasta la herida, le aplicó una mezcla oleosa de plantas acuáticas curativas y ella rompió a llorar al notar la extraña piel que la acariciaba.

—Pobre Eleanor...

—¿Por qué?

—Pienso en cómo me sentiría yo si la persona a la que quisiera me confesara algo así. También me entristecería la expectativa de tener que abandonar a mis familiares, observándoles solo desde lejos, desapareciendo sin más de su existencia.

—Adelantas acontecimientos, quizás deberías escuchar lo que dijo e hizo Eleanor antes de creer que la conoces.

»La muchacha volvió a echarse al agua e intentó abrazarse al pecho de su amado, pero este esquivó sus brazos y los derivó a sus hombros; le explicó que podía morir si le tapaban los costados. Una vez advertidos todos sus puntos débiles, dejó que Eleanor acariciara su anatomía a placer, descubriéndole físicamente mientras él apoyaba las manos en las rocas y pateaba por los dos; rozó su semblante, muy similar en estructura al del resto de humanos y totalmente diferente en cuestión de tacto.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Ih-lem arrulló las mejillas de Eleanor, maravillado por el rubor que estas ostentaban. Ella apoyó su rostro en la palma de la mano de Ih-lem, llenándolo de dicha y cierto punto de atrevimiento. Se besaron con ternura bajo la luz de las primeras estrellas hasta que estas multiplicaron su presencia y una mujer, la encargada de entretener esa noche a Cielo gracias a la historia de cómo los hombres con el pecho de acero llegaron a Moorea, les vio. Como el Cielo estaba demasiado ocupado, distraído con la intimidad que Ih-lem y Eleanor compartían, la mujer se vio libre de correr a la casa del padre de la joven y advertirle: su hija estaba siendo seducida por una criatura marina.

»El padre, temeroso de perder a su pequeña, salió de la casa acompañado de sus dos hijos varones, armados todos ellos con cuchillos y pistolas. La presencia humana se multiplicó tal y como se propagaba el rumor por el pueblo. El hermano mayor de Eleanor, Brandon, fue el primero en llegar y exigir al que él llamó monstruo que se alejara de ella; pronto se le unió el resto del pueblo, esperando no llegar demasiado tarde. Todos escucharon las apresuradas explicaciones de la joven. A su familia y conocidos más cercanos no les resultó extraño el nombre de la criatura, sabían de su existencia, sus consejos y sus palabras a lo largo de los años a través de la muchacha.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Eleanor defendió delante de extraños y conocidos lo que sentía por Ih-lem, alegato que emocionó al joven acuático.

—Seguro que a pesar de ello tuvieron que huir...

—Pero, ¿tú qué clase de historias conoces? Moorea siempre se ha caracterizado por la bondad de sus gentes, por la aceptación a lo diferente.

»Fue el propio Brandon el que se acercó y, después de dirigirle una mirada que pretendía ser de intimidante hermano mayor, sonrió a Ih-lem y le tendió la mano. Tras el gesto conciliador acercó sus dedos a Eleanor para que saliera del agua y estar completamente seguro de que el ser no tenía intención de llevársela consigo. Cuando todos vieron que la muchacha salía ilesa, que incluso Ih-lem la ayudaba y observaba con una sonrisa los gestos que la reunían con su familia, celebraron con entusiasmo que el verdadero amor pudiera quebrar tantas barreras y acercar mundos que, a primera vista, ni siquiera existían.

»El padre de la muchacha, Gregory, se sentó lo más cerca posible del agua y habló durante horas con el muchacho, sondeando sus orígenes e intenciones mientras el resto del pueblo celebraba el improvisado compromiso. Gregory escuchó con paciencia el plan propuesto por el soberano Ayil y manifestó en voz alta el terror que le producía la idea de perder de vista a su pequeña.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Ihlem escuchó sus palabras y le aseguró que no pretendía encerrar al amor de su vida, que ella sería libre de cambiar o no de forma, igual que él. Que podrían llegar a establecer rutinas de transformación sin tener que estar siempre en uno u otro lado. Y que, por supuesto, siempre que conviviera con él en las profundidades podría salir a la superficie sin que a él le importara o molestara.

»Gregory respiró hondo y le pidió una última cosa: que Ih-lem fuese el primero en cambiar. El muchacho sonrió antes de asentir; el padre de la muchacha extrajo entonces un pequeño estuche de entre los pliegues de sus ropas y le enseñó al muchacho una pareja de pendientes coronados con sendos diamantes. El humano le explicó que los pendientes pertenecieron en su día a su esposa y que eran la herencia de Eleanor, que los había conservado a pesar de sus penurias económicas para recordar a su amada Charlotte. El hombre le tendió las joyas a Ih-lem, que consiguió de esta manera las dos primeras piezas del collar que permitiría vivir su amor con Eleanor en igualdad de condiciones.

»La joven pareja se despidió cuando la aurora se derramaba por sus sienes.



IH-LEM Y EL COLLAR

»El beso que compartieron hizo que la muchacha se inclinara con una sonrisa hacia el agua conforme lh-lem desaparecía bajo ella. Eleanor se incorporó cuando besó el mar, despidiéndose de su amado. Sus hermanos y su padre la esperaban en la orilla, dispuestos a irse a dormir de inmediato para recuperarse de la fiesta.

»lhlem no pegó ojo. Recorrió todas las islas cercanas en busca de pequeños fragmentos de obsidiana. Los que encontraba más o menos lisos los introducía en un morral que estuvo a punto de perder durante el ataque de un tiburón. Se valió de su destreza y una hoja bien afilada para librarse del animal sin sufrir daño; el atacante derrotado fue devorado por varios de sus congéneres mientras lh-lem huía del lugar.

»El agua que atravesaba la Fosa de Tonga estaba enrarecida por la profundidad y los gases que emanaban de las fracturas del fondo oceánico. El muchacho se congratuló de su capacidad visual; aunque un humano pudiera llegar al fondo del Pacífico no podría ver nada. Una hora estuvo lh-lem recolectando piedras, tiempo en el que sus sentidos se embotaron e hicieron que no fuera capaz de percibir el peligro que se cernía sobre él.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Al intentar ascender las piernas se le acalambraron, su cerebro se quejó pidiendo a gritos un aumento de oxígeno y el ser acuático parpadeó más que de costumbre. Prosiguió su ascenso con lentitud y cansancio hasta desvanecerse de repente.

—¡Pero sigue, no te pares ahora!

—No era un silencio malintencionado; era para que tuvieras tiempo de escuchar los latidos de tu corazón, del mismo modo que Ih-lem escuchó los suyos antes de desmayarse.

»Cielo y Sol hablaron con Océano, suplicándole misericordia, deseosos de que la historia de los dos amantes llegara a buen puerto. La deidad marina intercedió, avisando a un grupo de delfines, que llegaron antes de que se produjera una catástrofe, salvando a Ih-lem de una muerte casi segura. Durante su inconsciencia consiguieron llevarle de nuevo hasta su poblado. Despertó entre gritos, dejándose caer acto seguido en el lecho de algas al que llamaba cama. Pidió a una de sus congéneres que llevara las piedras a Eleanor para que ella eligiera. El proceso de descarte de la joven duró tres días en los que comió poco y durmió aún menos, pero por fin halló dos que encajaban con la descripción proporcionada por Ayil. Cuando solo quedaba por encontrar la perla, Ih-lem volvió a asomarse al exterior, celebrando el éxito de Eleanor con una concatenación de besos y caricias.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Le habló entonces de la Grande, un ser mitológico que habitaba en una cueva al este de la isla. Según contaba la leyenda, el ser no era pródigo a la hora de deshacerse de sus perlas.

»Eleanor fue por tierra, Ih-lem por mar. Coincidieron los dos en el interior de la cavernosa vivienda de la Grande. Desde la oscuridad una voz cansada les preguntó qué querían; respondieron con verdad, contando su historia desde el principio. La Grande guardó silencio, exigiendo de repente una larga lista de cosas: dos mechones de cabello (uno de ella y otro de él), tallos de cáñamo, pequeñas rocas y conchas de la isla recogidas al atardecer y los cuatro elementos que tenían del collar. Como pago exigía una cesta llena de alimentos tanto de mar como de tierra, un arma, una manta y seis piezas de oro.

»Consiguieron reunir todos los elementos, depositándolos en la entrada de la cueva. Esperaron noticias durante días, disfrutando de charlas a pie de mar como antaño. Después de haber pasado varias jornadas recolectando conchas esta rutina se convirtió en un entretenimiento: se hacían con varias decenas y luego las devolvían al mar, aunque cada día Ih-lem se guardaba una en secreto para poder rememorar la jornada en su habitáculo.

—Yo también guardo nuestras conchas.



IH-LEM Y EL COLLAR

—¡Oye, no te rías!

—Tendrías que haberte visto la cara. ¡Y ese silencio! Si llego a saber que te impactaría tan inocente confesión, no te lo hubiera dicho hasta terminar la historia.

—Perdona, es que no sabía qué contestar. Mejor sigo.

»Su realidad cambió el día en el que un humano armado con un puñal atacó a Eleanor cuando Ih-lem todavía no se había marchado. Agarró con fuerza a la muchacha, que a pesar del llanto que le empapaba las mejillas consiguió gritar a su amado una orden muy concisa: que permaneciera en el mar. Ih-lem observaba la situación, impotente, hasta que vio manar sangre del cuello de su amor. Tomó una decisión rápida y peligrosa: cogió aire y salió del agua. El atacante retrocedió de improviso, tirando el cuchillo y huyendo a toda prisa del lugar.

»Eleanor cayó sobre la arena; antes de poder levantarse se encontró con el filo del arma y lo cogió, irguiéndose en busca de su amado. Empujó a un furibundo Ih-lem de nuevo hacia la orilla. El acuático ser pudo respirar al cabo de pocos segundos, impidiendo así que la muerte continuara seduciendo a sus pulmones. Eleanor se hundió en las aguas con él, abrazándole con cuidado, prestando atención entonces al extraño tacto del cuchillo. Le preguntó a Ih-lem de qué se trataba y él no pudo reprimir una mueca de asombro: la empuñadura estaba rodeada de un collar de obsidiana, diamante, cuentas de oro, conchas y una gran perla central.



IH-LEM Y EL COLLAR

»Cuando fueron a exigirle una explicación a Grande ella contestó que necesitaba saber si estaban dispuestos a morir el uno por el otro. La prueba había sido superada y, como premio, habían recibido el collar.

»Durante la siguiente luna llena los familiares de Eleanor y los más allegados a Ih-lem presenciaron el cambio del muchacho: conforme la luz del astro bañó su cuerpo las escamas desaparecieron, las hendiduras de sus costados se cerraron sin dejar marca, las membranas retrocedieron hasta hundirse en su carne, su sangre se tornó caliente y los huesos se fortalecieron. La pareja se casó al día siguiente bajo el rito humano propio de Moorea.

»Medio año después, Eleanor quiso descubrir las maravillas oceánicas de la mano de su esposo. El cambio la convirtió en la más bella de las sirenas y le otorgó un regalo que ella no esperaba: la capacidad de ver. No hubo ni en tierra ni en mar mujer más feliz que Eleanor mientras vivió, igual que en el universo no hubo hombre más enamorado que Ih-lem. Cielo y Sol se congratularon por su existencia, celebrando en el Resurgir el amor verdadero, uno que no ha vuelto a repetirse...



IH-LEM Y EL COLLAR

—Hasta hoy. Mi herida y adorada Eleanor, no sigas ciega al amor que te profeso. Deseo ser tu lh-lem, tu enamorado, conseguir que seas tan feliz como ella para que sea nuestra historia la que los vecinos susurren por las noches. ¿Por qué me castigas con tu frialdad? Tus besos me dicen que me quieres tanto como yo a ti.

—Porque prefiero pensar que no voy a tenerte nunca que ilusionarme y perderte.

—No voy a irme, estoy unido a ti, pero no sé si tú sientes lo mismo.

»¿Qué haces?

—Llevar tus manos a mi pecho para que sientas los latidos de mi corazón, una música que suena por ti desde el día en el que nos conocimos. Te quiero.